

ALGUNAS PARADOJAS CONTEMPORANEAS ACERCA DE LO UNO Y DE LO MULTIPLE

A. POLAINO-LORENTE

El problema del cambio, un problema de tanta tradición filosófica, se plantea hoy, aparece realizado en el hombre contemporáneo, de forma paradójica.

Lo uno y lo múltiple están a la base de la unidad o la dispersión en muchas de las opciones humanas contemporáneas.

Este planteamiento alternativo y excluyente entre dos términos contradictorios, se tematiza de hecho de formas muy diferentes. Cada una de estas tematizaciones exigiría un diferente nivel de análisis.

En las líneas que siguen, me limitaré a exponer de forma muy somera, como corresponde a las condiciones exigidas a esta comunicación, algunas de las paradojas que en relación con esta disyuntiva se encarnan en el hombre de hoy. Quede constancia, pues, de que en esta colaboración me atenderé sólo a la enumeración casi de algunas de estas paradojas, dejando para otra ocasión la indagación última así como el intento de resolución de algunas de las contradicciones aquí enunciadas. El autor de estas líneas tiene un doble compromiso: con sus alumnos de la Universidad, en primer lugar, por haberle mostrado explícitamente las entrañas mismas de alguna de estas paradojas durante sus diálogos en el aula de una Universidad agónica; y en segundo lugar, a hombres muy diversos, enfermos mentales y sanos, que con sus charlas entrañables no tuvieron inconveniente en desvelarme sus propias contradicciones.

Si hubiera de tematizar de forma enunciativa algunas de estas contradicciones, las reuniría en el siguiente catálogo:

1. fijismo reificador o cambio pluralista.
2. automatización determinista o libertades emergentes.
3. crisis de identidad o conservadurismo formalizado.
4. uniformismo o diversificación.
5. igualitarismo u originalidad.
6. colectivismo anónimo o personalismo ególatra.
7. mimetismo nivelador o creatividad innovadora.
8. unidad personal o pluralidad diversificadora.
9. lealtad cosificada o adaptación pluralista.
10. gregarismo impersonal o autorrealización personal.

El anterior catálogo es meramente indicativo de formulaciones, vitalmente realizadas, tal y como se encarnan en el hombre de la calle.

Es incuestionable que muchas de estas tematizaciones son modos diferentes de hacer explícita una única cuestión: la de optar por el cambio o por la permanencia. Pero ¿de qué cambio y de qué permanencia se trata? En este punto y con respecto a este criterio, las distintas tematizaciones se hacen divergentes. En unas ocasiones, el cambio de que se trata atañe fundamentalmente a uno mismo; en otras, lo que hay que cambiar son las «estructuras sociales». Lo mismo acontece respecto de la permanencia: unas veces lo que debiera permanecer es la propia identidad, ser uno mismo; en otras, lo que se quiere indicar es una cierta permanencia de lo que debiera cambiar, es decir, la perpetuación del orden social establecido, permanencia que en parte está hecha con nosotros, y, en parte, a pesar de nosotros.

Dicho de otro modo, el cambio y la permanencia de que el hombre habla indistintamente, de forma alternativa, unas veces se refiere a sí propio y otras a la sociedad a la que pertenece.

La falta de rigor en estos planteamientos conduce al hombre a perderse en el pensamiento visceral, a abismarse ante la incomprensión de sí mismo cuando un interlocutor cualquiera le hace frente y hace que se enfrente consigo mismo, a zambullirse, perderse y extraviarse en lo que apenas si es algo más que un puzzle de pasiones desordenadas.

Pero veamos al menos cómo «funcionan» algunas de las anteriores paradojas. En el caso de la igualdad y la originalidad, el hombre de hoy parece anhelar la igualdad para todos, la uniformidad en una

palabra, el colectivismo nivelador. No se clama aquí por la igualdad distributiva y, por consiguiente, diversificadora, frente a la justicia distributiva. Se clama más bien por la masificación anónima, por la sociedad sin clases, por el determinismo indiferenciado. Y sin embargo, simultáneamente por ese mismo hombre y respecto de lo mismo, se aspira desde lo más profundo y de forma inconfesada, a la diferenciación, al protagonismo, a ser original, a destacar, a ser relevante dentro de esa masa por la que hace apenas un instante se suspiraba.

Así planteada esta controversia en el hondón mismo del hombre, sin más argumentos o datos que los que le llegan a través de los *mass media*, la ecuación es difícilmente soluble. Decía ORTEGA que en nuestra sociedad no hay protagonistas, hay coro. Hoy habría que añadir que en nuestra sociedad lo que hay son pequeños coros protagonistas. Las minorías van abriendo paso a sus ideas, imponiéndolas mediante la fábrica de opinión pública. Luego, el hombre mismo, impersonal, que probablemente jamás se atrevió a pensar por cuenta propia, hace de altavoz, y repite lo que otros le dictaron al oído agigantándose este eco estrepitoso de persona a persona, de grupo en grupo.

A otro nivel más trivial es lo que acontece con el uniformismo y la diversificación en el vestir. Cada ideología parece haber encontrado el disfraz, la guardarropía más pertinente. Los hombres se aglutinan en torno a ellas vistiendo el mismo uniforme. Las ideologías, a lo que parece, han encontrado al fin la «imagen» que las represente. Y el vestir mismo se transforma en criterio que sirve para la exclusión o inclusión de cualquier persona en el grupo de pertenencia. Lo más triste de estas actitudes es precisamente su desconocimiento e ingorancia por quienes las practican. El autor de estas líneas tiene experiencia propia sobre el particular. En este punto, recuerda cómo había cierta resistencia para aceptarle en las aulas universitarias, sólo porque vestía con chaqueta y corbata y porque se dirigía a sus alumnos respetuosamente —eso creía él— llamándoles de usted. De acuerdo en que todo lo anterior podía constituir un cliché, un modo formalizado de presentarse y hasta, si me apuran, un uniforme más. Pero entre tanto ¿qué sucedía en el colectivo de alumnos? Los vaqueros, las barbas, las camisas desteñidas y multicoloreadas, el desorden de los cabellos, el descuido en el aseo, buscado o no, eran la norma, la ley, el uniforme rígido en

el que se atrincheraban. Corría el curso 1975/76... Bastó cambiar los pertrechos, la vestimenta, para que el profesor (elemento repudiado de la subclase A) fuese aceptado e incluido en la subclase B, como parte analogada con las inscritas en ese conjunto. Incluso pudo comprobar una paradoja más. Mientras se hablaba de «usted» a los alumnos, éstos le hablaban de «tú». Con el cambio de vestimenta llegó también el cambio de lenguaje, el «tú» sustituyó al «usted» en los labios de nuestro profesor. Y ¡oh poder modificador de los cambios lingüísticos! Desde ese instante, los alumnos todos comenzaron a hablarle de «usted». Ahora había identidad de uniforme, aceptación mutua por el denominador común de la vestimenta compartida. Y con la aceptación del uniformismo (de la vestimenta y, a su través, de la clase de pertenencia), llegó también la aceptación de la diversificación profesional. El profesor recién aceptado por el grupo era, consecuentemente, aceptado también como profesor del grupo.

A otro nivel más «científico» la paradoja se plantea entre la automatización o la libertad. El automatismo de los organismos —también el del hombre— se expone muchas veces como mero reflejo determinista, como un tropismo inevitable. Más aún, lo automático se opone a lo voluntario, y por consiguiente, a la conducta libre. Y sin embargo no siempre es así. De acuerdo que existen automatismos que son iguales entre los hombres diferentes; así por ejemplo, el andar, el aspecto mecánico de la escritura, o el aspecto fonotográfico del habla. Pero esas automatizaciones funcionales se han logrado con esfuerzo, descansan sobre decisiones libres, han llegado a término después de un trabajo laborioso, porque no pertenecían a lo innato. Estas automatizaciones concretas a las que me estoy refiriendo, no son otra cosa que los logros terminales adquiridos desde la libertad y por la libertad. De hecho, estas habilidades, destrezas o funciones, no se han operado de la noche a la mañana, en ningún modo son saltos que acontecen improvisadamente en el despliegue de una biografía concreta. Es cierto que un adulto no suele pensar cómo debe lanzar adelante su pie derecho y después el izquierdo para caminar. Lo mismo acontece con el conductor de vehículos avezado, o durante la escritura y el diálogo interpersonal. De ordinario, cuando hablamos, no vamos pensando simultáneamente cómo decir la siguiente palabra en nuestra proposición, o cómo encadenar unas sílabas a otras al modo en que lo hicimos al principio, la «m» con

la «a», «ma». La adquisición de estas funciones postula las consecuencias que el uso de la libertad genera; dicho de otra forma, muchos de estos automatismos no son sino lo que resta tras el ejercicio de la libertad, es decir, la responsabilidad. Y aun cuando su funcionalismo sea de hecho automatizable, la libertad está allí presente, al modo como lo suele estar la causa en el efecto que produce. Desde otra perspectiva, los automatismos a los que me estoy refiriendo, vienen a ampliar el campo restringido de la libertad personal, una libertad ésta, que en el hombre es siempre encarnada, limitada, relativa y condicionada. Amplían el perímetro de la libertad estos automatismos porque agilizan y optimizan nuestros comportamientos adaptativos. En última instancia, estos automatismos enriquecen y facilitan aquellas respuestas preadaptativas que la libertad elegiría despaciosamente, y que ellos, en cambio, desde las respuestas de la libertad que las hizo posibles, lo hacen instantánea, puntual, rápidamente.

Por todo esto, ciertos automatismos humanos, por el hecho de ser automatismos no son ni se convierten en negadores de la libertad del hombre. Muchos de ellos, ni hipotecan el futuro ni hacen explícita una conducta ciega, irresponsable. Son, más bien, la natural consecuencia de la libertad, el haz indisociable del envés de las opciones libres, siendo sincrónicos, coincidiendo puntualmente libertad y automatización.

Otra cosa muy diferente es que algunos comportamientos del hombre puedan degradarse por fuerza de la habituación, de la rutina, de la repetición, de una connaturalidad que apenas si va más allá de lo vulgar. Me refiero, claro está, al acostumbriamiento en el trato con las personas que nos rodean, a la pérdida de respeto con uno mismo y con los demás, a la incapacidad para descubrirse a sí propio, a la imposibilidad de admirarse o asombrarse ante la presencia y el modo de ser de las personas que con nosotros conviven, o a la incapacidad para actualizar, por ejemplo, la donación mutua dentro del matrimonio. En esos últimos ejemplos, los automatismos sí que pueden atentar contra la libertad hasta el punto incluso de negarla. Y esto porque en la interacción personal, interacción relacional entre dos extremos abiertos siempre al cambio, no es posible, o no debiera serlo, los modelos formalizados, la reificación de las personas.

Así podríamos ir penetrando en las distintas tematizaciones catalogadas líneas arriba. En cualquier caso, bajo estas tematizaciones,

subyace un argumento falaz. En opinión del autor, no se trata tanto de o esto o lo otro (o lo uno o lo múltiple), como de esto y lo otro (lo uno y lo múltiple).

La unidad personal, motivacional y biográfica, no se opone a la participación en la pluralidad diversificadora, emergentista y social. La vieja formulación de «sé tu mismo» no está en contradicción con «sé tu mismo enriqueciéndote en tu apertura hacia los demás». La lealtad a sí mismo, no es reificadora, sino principio posibilista del enriquecimiento personal. Y..., aun cuando a lo largo de nuestra biografía no seamos siempre «lo mismo», sí que existen en la naturaleza humana los dispositivos pertinentes que hacen posible continuar siendo «el mismo», a pesar del cambio. La continuidad de sentido en el proyecto biográfico es una continuidad porosa, permeable, abierta, y flexible; una porosidad que admite cambios, que incluso va más allá de ellos, asumiéndolos e integrándolos en la unidad del yo.

Una advertencia final. Muchas de las paradojas a las que me he referido anteriormente están varadas en la magnificación previa de los cambios sociales. La dinamización de las costumbres, de las normativas, de los valores —dinamización operada muchas veces de espaldas al hombre— imponen un sesgo de confusión que muy fácilmente reconducen al hombre a perderse a sí mismo, a extraviarse, a dejar de ser él mismo.

Importa más que el cambio mismo la razón por la que se cambia. La cuestión no es preguntar qué cambia para ajustar nuestra conducta al cambio. La cuestión es qué debe cambiar y qué debe permanecer en la sociedad y en mí; no tanto qué ha cambiado, como qué debo yo cambiar; no el ser periferalista del cambio como el deber ser sustancialista que inspira ese cambio.